

Soñó además don Luis que Inés, en tanto,
 por la codicia maternal ganada,
 á honrado esposo en matrimonio santo
 infiel se unió sin revelarle nada:
 mas que éste un día con furor y espanto
 llegó á saber la liviandad pasada;
 ahorcó á Inés y á su madre, y en seguida,
 colgado entre ambas, se quitó la vida.

Y, en fin, soñó que de estos cuatro ahorcados
 oscilaban sobre él los cuerpos muertos,
 con los fríos cabellos erizados
 y los ojos sin luz, turbios y abiertos:
 que, cual remordimientos de pecados,
 le golpeaban con sus remos yertos,
 y gritaban, colgados de la encina:
 —*¡Anda á buscar á Inés la campesina!*

Aterrado, convulso, delirante,
 púsose en pie...—Despierto aún no se hallaba;
 pero oía, veía..., y, anhelante,
 los siniestros cadáveres buscaba...
 —Y sólo halló una atmósfera radiante,
 un cielo azul, el agua que jugaba,
 y en la encina inocentes pajarillos
 que entonaban sus cánticos sencillos.

El corcel, medio oculto en la espesura,
 al verlo alzarse, relinchó gozoso,
 fiel compañero en más de una aventura,
 de seguir el viaje ya ganoso.
 —Llegó el Marqués; ciñóle la montura;
 lo agasajó con golpe cariñoso;

cogió la crin, y, alzando la rodilla,
 pisó el estribo y se montó en la silla.

Y, fuese que á su alma aquel ensueño
 diera aviso y lección con sus horrores,
 ó que el sopor, cual plácido beleño,
 templara de su sangre los ardores,
 el caso es que don Luis cejó en su empeño,
 y que, á Inés renunciando y sus favores,
 en lugar de seguir aquel camino,
 retrocedió, y se fué por donde vino.

Se fué, sí; y á la tarde, en su vivienda
 (al ver ponerse el sol tras la montaña,
 como rey que encerrárase en su tienda
 á descansar de un día de campaña),
 miró á lo lejos la amarilla senda
 que llevaba de Inés á la cabaña...,
 y lágrimas sus ojos derramaron,
 que Dios y Lucifer se disputaron.

Á SAN RAMÓN NON-NATO

Tú, que á Dios te pareces y á mis nietos
por tu rara excepción de *no-nacido*;
segundo Adán (pues nadie te ha parido);
de Jonás viceversa en los aprietos;

retoño de la Nada en los efetos,
si la *Nada* es igual al *haber sido*;
desfacedor de agravios de marido;
patrono y abogado de los fetos:

vuélveme el pelo; quítame el bigote;
arráncame los dientes; la comadre
haz que me vista el primitivo hato;

y, trocado en inerte monigote,
sepúltame en el vientre de mi madre...;
que mejor que *nacido*, es ser *non-nato*.

EL DÍA DE AÑO VIEJO

*«Año nuevo», ¡qué sandez!
hoy pregona el añalejo,
sin ver que es un año viejo
que va á servir otra vez.*

(En 1861.)

Año..., ¡te vas, y me dejas!
¡Y sois treinta los ingratos!—
Id con Dios, perdidos ratos,
que no os seguirán mis quejas.—
¡Oh tú, de mis moralejas
lector!, oye lo que digo:
el tiempo es un mal amigo...,
pero no riñas con él;
que manda el Dios de Israel
perdonar al enemigo.

*¡Treinta y uno de Diciembre!...
¡Suma equivalente á cero
para aquel que cada Enero
locas esperanzas siembre!*

Mas para quien no remembre,
 como no remembro yo,
 ni el Enero que pasó,
 ni haber sembrado en tal fecha,
 esa falta de cosecha
 no es una pérdida, no.

Que al alma ya prevenida,
 al alma experimentada,
 no puede importarle nada
 el *déficit* de la vida.
 Si el amor va de corrida,
 también va la juventud:
 la ilusión y la salud
 se pierden á un tiempo mismo,
 y en el final cataclismo
 sobrenada el ataúd.

Padres, amigos y amadas,
 ¡cuán aprisa de mí os vais!...
 Mas, por mucho que corráis,
 yo sigo vuestras pisadas.
 Dentro de pocas jornadas
 de fijo os alcanzaré...
 ¿Á qué, pues, llorar? ¿á qué?—
 ¡Llorara si no supiera
 que en esta vital carrera
 ninguno se queda á pie!

¡Oh, cuán triste y funeral
 á mis ojos luciría
 la clara antorcha del día,
 si me volviese inmortal!

¿En dónde una pena igual
 á pensar en tanto muerto,
 y no ver en el desierto
 de la fatigosa vida
 ni descanso, ni salida,
 ni luz, ni arrimo, ni puerto?

¿Qué hacer, qué creer, qué amar
 en otras generaciones?
 Las perdidas ilusiones,
 ¿en quién ni en dónde encontrar?
 ¿Cómo volver á probar
 la juvenil embriaguez,
 cuando no haya más que hez
 en la copa, un tiempo llena,
 de una vida... sólo buena
 para vivida una vez?—

¡Misericordioso Dios!
 Nos cupo una suerte amarga...;
 pero ni fija, ni larga,
 en que, velados los dos,
 corre el bien del mal en pos,
 la flor tapa los abrojos,
 la fe endulza los enojos,
 la duda engaña al deseo...,
 y morimos, como reo
 á quien le vendan los ojos.

¡Pena cruel! ¡Suerte horrenda
 fuera desandar lo andado,
 después de haber apartado
 de nuestros ojos la venda!

Los abismos de la senda
viéramos ya por doquier,
tras el amor... la mujer,
detrás del amigo... el hombre;
cada cosa tras su nombre,
y el tedio tras el placer!

—
¡No viéramos (como veo,
al través de treinta años
de felices desengaños)
purificarse el deseo
de todo vil devaneo;
fundirse el torpe metal
del ídolo terrenal;
descorrerse el infinito...,
y á Dios mirar de hito en hito
el espíritu inmortal!—

—
¡Adelante y no temer!—
¡Quédense en buen hora atrás
apariencias que jamás
debimos apetecer!
¡Adelante..., y no caer
en tanto que estemos vivos!—
Que, pues los hados esquivos
no son, por fortuna, eternos,
lo primero es mantenernos
derechos en los estribos.

SUPONGAMOS...

—
Á UNA BAÑISTA

—
¿Qué buscas afanada cuando la mar se aleja,
sus olas recogiendo de nácar y zafir?
¿Qué buscas en la orilla que silenciosa deja
y abandonada y sola el piélagó al huir?

—
¿Qué buscas en la playa? ¿Qué bien se te ha perdido?
¿Qué mágico tesoro te arrebató la mar?
¿Tal vez hallar pretendes las huellas de un olvido?...
¿Tal vez perder tus huellas pretendes... y olvidar?

—
¿Qué buscas en la playa?—¿Misterios de otro mundo?
¿mensajes de un ausente? ¿recuerdos de su amor?
—¿Ó bien de las arenas revuelves lo profundo,
para enterrar en ellas un íntimo dolor?

—
¿Qué buscas y no encuentras? ¿Tu náufraga esperanza?
—Las olas no la oculta, ni está de ellas en pos...
¡No aguardes, no, que cruce su vela en lontananza!...
Quizás esté á tu lado... ¡Busquémosla los dos!

¡Sí, deja ya la playa! ¡No más del Oceano
te agrade y embelese la adusta inmensidad...
¡Los bosques y los ríos, el valle, el monte, el llano
te ofrecen su gustosa y amiga soledad!

Ven al risueño mundo que Dios cubrió de flores...
—No sólo el goce muere: también muere el dolor.—
¡Ven, sí; que, por halagos que aquí busques ó llores,
más tuyos y del alma serán los de mi amor.

.....

Todo esto es suponiendo que al mar á buscar vayas
las cosas que he supuesto y acabas de leer...—
Mas si chinitas buscas y conchas en las playas...,
supón que nada he dicho..., ¡y es mucho suponer!

Á MERCEDES

EL DÍA QUE SE PUSO DE LARGO

«¡Vedla!—dijeron las Hadas.—
»Su corazón ya palpita...;
»languidecen sus miradas,
»y sombras enamoradas
»cruzan se frente bendita.

»Efluvios de primavera
»circulan ya por su alma,
»y en su mejilla hechicera
»súbito rubor altera
»la dulce, inocente calma.

»Melancólica ilusión
»persigue con raudos giros
»su inquieta imaginación,
»y curioso el corazón
»se entrea bre á los suspiros.

»Como el rosal en Abril,
»por sus venas otra vida
»siente que cunde sutil...,
»y en la rama estremecida
»brota la rosa gentil.

»¡Colmada está de hermosuras!...»
 »Promesas de amor las flores
 »son y nuncios de ventura...»
 »¡Juzca para esta hada pura
 »la estación de los amores!...»—

Así las Hadas dijeron...»
 ¡as Hadas que tan hermosa
 en la cuna te mecieron
 y á tu adolescencia dieron
 sueños de color de rosa!...

Y luego añadieron:—«¡Pues
 »que Hada cual nosotras es,
 »vistámosle nuestras galas,
 »alargándole las alas
 »hasta que tapen sus pies.»—

Y te vistieron de largo,
 muy de largo... que es el tono:
 y estás muy bien... Sin embargo,
 ¡se nos va á hacer muy amargo
 no ver tu pie, que es tan mono!—

¡Paciencial! ¡Cómo ha de ser!
 Te has convertido en mujer,
 como yo me vuelvo viejo...»
 Y, por de pronto, un consejo
 oye... que te ha de valer.—

Los fantasmas de colores
 de la rica juventud
 son espectros vengadores

cuando del Abril las flores
 no dan frutos de virtud.

Locura es y vanidad
 cuanto se palpa y se mira...»—
 lo invisible es realidad...»—
 el cuerpo es fugaz mentira,
 y el alma... ¡eterna verdad!

Dichas no busques ansiosa:
 nadie la dicha nos da:
 la dicha es perla preciosa
 que en el corazón reposa
 del que buscándola va.

El fulgor de la inocencia
 y la paz de la conciencia
 son toda la dicha humana:
 ¡juzcan siempre en tu existencia
 cual lucen en tu mañana!

Mírate en el claro espejo
 de tus íncultos mayores...»—
 y aquí termina el consejo:
 que tengo gana, aunque viejo,
 de volver á echarle flores.

LA LUNA...

(AL GENERAL ROS DE OLANO)

Esta, Fabio, ¡oh dolor!, que ves ahora
 blanca, limpia, mondada calavera,
 un tiempo fué poblada, seductora,
 romántica, sombría cabellera.
«Agravio fiero de la edad traidora»,
 César llamó á su calva (¡y César era!)...—
 No haré yo tal; pues desde edad muy verde
 vivo, como quien dice, al ganapierde.

No la muerte; la vida me acobarda;
 y, en mi viaje desde niño á viejo,
 suspiro por la orilla que me aguarda,
 no por la orilla que á mi espalda dejo:
 y el viento débil y la nave tarda
 halla siempre el afán con que me alejo;
 pues sé, ¡triste verdad!, que de la vida
 sólo es hermosa la porción perdida.

Jamás, por eso, en su fulgente cuna,
 bajo el alegre pabellón del alba,
 complace al hombre el sol de su fortuna,
 cuando los montes del oriente salva,

como después, al asomar la luna,
 ó el despuntar la *luna* de su calva,
 lo recuerda, envidiando tristemente
 la misma luz que desdeñó en oriente.

¡No! Nadie, nadie su dolor pasado
 ni por memorias de placer cediera;
 como ninguno en desandar lo andado
 y repetir su vida consintiera:
 si alguien nacer de nuevo ha deseado,
 ha sido por vivir de otra manera...—
 —¡La vida es mosto insípido y dañoso,
 que al fin se trueca en bálsamo gustoso!

Tampoco diera yo mi calva fría
 por los antiguos bucles de mi frente...—
 ¿Para qué? ¡Cuando á mano los tenía,
 apenas los miraba indiferente,
 y hoy por ellos amor, pena, ufanía,
 el corazón enajenado sientel!...
 —Tal es la dicha: sombra transitoria
 que agranda con su prisma la memoria.

Pensando ha poco, por ejemplo, estaba,
 que los veinte cumplidos no tenía,
 cuando, imitando á Byron, me quejaba
 de que tan prontamente encanecía;
 mientras que ya sin duelo recordaba
 que cierto ingrato bien del alma mía,
 con su mano de nácar transparente,
 apartó aquellas canas de mi frente.

Ó con sus dedos, albos como armiño,
me las iba arrancando una por una,
cual nos arranca el maternal cariño
una tras otra pena inoportuna...—
¡Blancas pavesas de la sien de un niño!
¡Cabellos agostados en la cuna!...
¿Qué fué de esa mujer?—¡Otra pavesa!—
Murió..., y entonces me pelé á la inglesa.

Murió, sí, poco después, la hermosa ingrata
que cuidaba mis lánguidos cabellos...—
Hoy no los tengo negros ni de plata...—
¡Mis ilusiones simbolizan ellos!—
No es la tijera ya la que los mata,
ni frustra ya el dolor mis sueños bellos...—
¡Lo que hoy sucede en la cabeza mía,
es que ni sueños ni cabellos cría!—

¡Mejor! Así con tiempo me habitúo
á mi futura, irremediable suerte
(que igual á la de todos conceptúo);
y cuando exhumen mi osamenta inerte
para echarla al osario, y algún buho
cante sobre ella el himno de la muerte,
no será nuevo hallar mi calavera
hueca por dentro y calva por afuera.

Y si, al fin, de un doctor en Medicina
enriquece el lujoso escaparate,
ó, á solas en su cueva, la examina
un monje del breñoso Monserrate,
podrán más bien, tras su aridez calina,
cándida como busto en yeso mate,

reconocer mi cráneo, ya sin seso,
y darle el monje ó el doctor un beso.

¡Beso piadoso, que en el alma mía,
cualquier que sea entonces su morada,
despertará recuerdos de alegría
de la existencia terrenal pasada!
—¡Y aún más vivo mi júbilo sería
si del doctor, un día, la criada,
al despolver el cráneo, lo volcase...,
y, por cogerlo, al seno lo estrechase!—

¡Oh..., sí! Es muy dulce usar en esta vida
el último peinado..., el de esqueleto,
y una parte mortal llevar perdida
y otra inmortal ganada en tal concepto.
Pues si el alma, del cuerpo desprendida,
es más bella y más digna de respeto,
quien suelta parte del humano lodo,
pierde en suma la parte por el todo.

Por lo demás, no temás, Fabio mío,
que yo me porte con mi pelo muerto
como el viudo que celebra impío
segundas nupcias en su lecho yerto.
¡No; no lo temas! Á pesar del frío
y de las moscas, y aunque el gran desierto
de mi calva se extienda hasta la nuca...,
¡jamás—lo juro—me pondré peluca!

EN VARIOS ABANICOS

I

Lo que hayas de mirar por las varillas,
míralo cara á cara:
que la virtud no debe ser avara
del suave carmín de las mejillas....
—¡ni mirar á hurtadillas!

II

Cuando mires estos versos
al tiempo de abanicarte,
piensa que la dicha es humo,
piensa que la vida es aire.

III

¿En dónde habrá un abanico
semejante á un *solo* á copas,
de espada, malilla, basto,
punto, rey, caballo y sota?

IV

¿Á qué llevas abanico
si, en tu casa y en la calle,
suspiros y bendiciones
siempre están abanicándote?

V

Cuando tú te abanicas,
sopla en la Corte,
si estás triste, *Solano*;
si esquivas, *Norte*;
si airada, *Nota*,
y si amorosa y tierna,
dulce *Favonio*.

VI

No tanto te abaniques
que de ti huya
la atmósfera tranquila
que te circunda:
bendita atmósfera
de virtud y de ciencia,
de amor y gloria.

Abanícate, empero,
niña preciosa,
cuando te cerque el humo
de la lisonja...;
que la modestia
es la mejor compañía
de la inocencia.

Á UNA GRAN PIPA DE JEREZ ANTIQUÍSIMO ¹

¡Detente, pasajero! Aquí reposa
el Adán de los vinos jerezanos,
padre de tantos ínclitos ancianos
como duermen en torno de su fosa.

¡Enterrado está el sol bajo esta losa!...
Pero no se lo comen los gusanos,
sino que vida y alma los humanos
aún piden á su llama generosa.

«Abolengo» se nombra aqueste vino,
y en cada gota concentrado encierra
de mil generaciones el destino...—

Si las cuitas del mundo te hacen guerra,
cátalo media vez, ¡oh peregrino!,
y jurarás que el cielo está en la tierra.

¹ Este soneto se halla colocado, dentro de cuadro muy lujoso, sobre la pipa principal y más antigua de la bodega mayor de los señores Condes de Bayona (Misa), en la ciudad de Jerez de la Frontera.

LAS EXEQUIAS DEL AMOR

Ó SEA

EL DÍA DE LA LUNA

I

¡Oh misterio! Es alta noche,
y en sus horas más augustas
no reinan el mudo sueño
ni las tinieblas nocturnas...

No viste, no, como suele,
negras tocas de viuda
la Tierra desamparada,
del muerto Sol en la tumba...

No la acompaña el silencio,
testigo fiel de su angustia,
velando para que nadie
su hallada paz interrumpa...

Ni el hermano de la muerte,
mientras piadoso la arrulla,
soñados bienes le finge,
con que sus males endulza...—

Es alta noche, ¡oh misterio!

y en sus horas más augustas,
despiertos Cielos y Tierra,
¡de amor y placer fulguran!

II

Insomne, bella, gozosa,
Naturaleza relumbra,
como regia desposada
en las fiestas de sus nupcias.

Olas de argentado encaje
doquier desata la Luna,
colmada y resplandeciente,
llena de amor y ventura.

Los rutilantes luceros
y las estrellas innúmeras,
como en extático eclipse,
muestran su luz moribunda...

Y del infinito espacio
tras la bóveda cerúlea,
móviles se transparentan
del Olimpo las columnas.—
¡No; no es de noche en los cielos!...
Sus leyes trocó Natura,
y el hemisferio asombrado
contemplaba un Día DE LUNA.

III

Tampoco en la Tierra es noche...
¿Qué importa que el Sol no luzca?...
¡Despiertos están los hijos
del Amor ó de las Musas!

Despiertas están las aves,
aunque en sus nidos ocultas,
cantando, como si el día
rayase ya en las alturas.

Despiertas están las flores
que al Sol siguen á la tumba,
y aquellas que una mañana
(¡sólo una mañana!) duran.

Despiertos están los céfiros,
jugando con las más púdicas,
y, entre una y otra lisonja,
el casto aroma les hurtan.

Despierto está el arroyuelo,
que enamorado susurra
al pie de altivas palmeras
ó entre las fragantes juncias...

Y despierta la cascada,
que, desvalida en la altura,
cual de otra peña de Léucades,
sollozando se derrumba.

Despiertas están las vírgenes,
las vírgenes andaluzas,
asomadas á la reja
do de amor la ciencia estudian...

Y despiertos los galanes,
que no saben lo que juran,
ó al son acordado cantan
de guitarras y bandurrias.—

¡Oh misterio! Es la alta noche,
y en sus horas más augustas,
«Amor...», suspira la Tierra;
«Amor...», el cielo murmura.

IV

Duermen en tanto los tristes
que el amor ya no conturba,
y aquellas infortunadas
almas que no amaron nunca.

Los espíritus apáticos
yacen en su paz estúpida;
el viejo en su frío lecho;
el niño en su mansa cuna.

También duermen los dichosos
que, bajo santa coyunda,
del hondo río del olvido
cruzaron las ondas turbias...

Duermen los *padres-tiranos*;
duermen las madres adustas;
duermen los sepultureros...;
¡duerme la muerte sañuda!—

¡Sí! La muerte está dormida;
y abiertas se hallan las tumbas
de las que expiraron jóvenes,
ricas de amor y hermosura...

Como inmortales Julietas
que de su destino triunfan,
las amantes heroínas
surgen de la fosa oscura...

¡Y, tan bellas como fueron,
trocado el sudario en túnica,
su trágica historia olvidan
al resplandor de la Luna!

V

Aquí un *Jardín* se descubre,
allá un *Bosque* se columbra,
y entre los dos un *Palacio*
sus blancas líneas dibuja.

Mágico hechizo doquiera
filtra su delicia suma
con los fulgores de plata
que el diáfano ambiente inundan.

De taza en taza de mármol
besos amantes simula,
al verterse de alta fuente,
destrozada el agua fúlgida.

Las trémulas ramas fingen
abrazos en la espesura,
y entre las hojas se oyen
conversaciones confusas...

Erguidas sobre sus tallos,
las gayas flores ondulan,
y hasta parece que andan,
y que al andar se saludan...

Severos troncos de árboles
y marmóreas esculturas,
inmóviles se vigilan,
palpitando en la penumbra...

Y, entre el murmurio sùave
de hojas y de aguas, se escucha
del ruiseñor arrobado
la tierna y amante música.

VI

Un hombre, una sombra, un alma...,
 recorre con planta muda
 el *Jardín de los amores*,
 y frente al *Palacio* cruza.
 Detiéndose allí anhelante,
 y en las ventanas oscuras
 fija una larga mirada
 llena de infinita angustia...—
 ¡Abiertas están y solas,
 como profanadas tumbas!...
 Nadie mora en el alcázar...
 —«¡Nadie!...»—el Viajero pronuncia.

VII

Un hondo suspiro lanza,
 y va á marchar..., cuando súbita
 iluminación diabólica
 tras las ventanas relumbra;
 y fantástica aparece
 una sombra en cada una,
 repitiendo aquel suspiro
 con inefable tristura.
 —«¡Ellas son!» (dice el Viajero,
 llorando y las manos juntas).
 «¡Las mujeres de mi vidal...
 ¡Las sombras de mi ventural!...»
 Y el ruiseñor en su rama
 canta con sangrienta burla:

—«*Tuyas fueron...*»; y, sarcástico,
 el viento responde:—«¡*Suyas!*!...»

VIII

Como de retablo gótico
 religiosas esculturas,
 en actitudes dramáticas,
 las hornacinas ocupan;
 la fachada del *Palacio*
 ornan aquellas figuras,
 aunque jerárquicamente,
 según su clase y alcornia.—
 En el balcón principal
 campean las nueve *Musas*,
 primer amor de los hombres,
 hadas que mecen su cuna.—
 En las contiguas ventanas
 están sus hijas convulsas,
 las trágicas *Heroínas*
 de la amorosa ternura;
 aquellas que los Poetas
 vistieron de eterna púrpura,
 destinándolas al culto
 de las edades futuras;
 las que hallaron en la Historia;
 las que inventó su facundia,
 y á más las que de ellos mismos
 ángeles fueron ó furias.—
 Allí *Helena*, *Dido*, *Safo*,
Cleopatra y *Mirra* están juntas,
 y toda la antigua y clásica
 pléyade medio desnuda.

Allí están *Elisa* y *Flérida*¹;
de Escocia la *Reina* impura;
la *Julietta* de Verona,
y de *Rimini* la Adúltera.

Ni faltan *Beatriz*, *Armida*,
Laura, *Angélica* y *Rosmunda*,
ni *Aspasia*, *Lais* y *Frynea*,
no obstante su inverecundia.—

Allí del genio romántico
se ven todas las hechuras,
con lágrimas engendradas,
concebidas en la duda.

Allí están del triste *Byron*
las cien víctimas inultas,
y la amada de *Espronceda*,
y *Eloira*, amante y perjura².

Allí gime *Inés de Castro*;
Carlota calla y escucha³;
reza la triste *Desdémona*;
llora *Isabel de Segura*...

Y allí están *Lelia*, *Eloísa*,
Ofelia, *Leonora*⁴, *Julia*⁵,
y la ideal *Dulcinea*
de *El de la Triste Figura*.

¹ Las de *Garcilaso*.

² La de *Macías*, drama de FLOARE.

³ La de *Werther*.

⁴ La de *Tasso*.

⁵ La de *Rousseau*.

IX

Todas allí están, y todas
ciñen blancas vestiduras,
y al Cielo elevan los ojos,
que las lágrimas anublan.

Orlan su noble cabeza
trenzas, ya negras, ya rubias,
y, en ademán de plegaria,
cruzan las manos ebúrneas.

Santas parecen... (y acaso
hubiéranlo sido algunas...)
—Son las deidades gentílicas
y las románticas musas.

¡Las Santas son de los vates!—
¡El Arte lavó sus culpas,
y las ha canonizado
la bella Literatura!!!

X

Á más de las nueve Diosas
que el balcón de en medio ilustran,
y de las cien legendarias,
amorosas Thaumaturgas
que en el frontis del *Palacio*
ventanas de honor ocupan,
trocándolo en paraninfo
de viviente arquitectura,
vese (en esfera ya humilde,
como es su mortal alcuernia)

detrás de las amplias rejas
de estancias bajas y oscuras
(cual apariencia fantástica
de expectantes andaluzas),
otra blanca y misteriosa
constelación de Hermosuras.—

Deidades ya no son éstas,
del alto Olimpo oriundas,
ni, de eterna fama ansiosas,
Heroínas insepultas...

Mujeres nada más son,
que de la muerte no triunfan
sino en la amante memoria
del triste que las saluda:

Mujeres que del Viajero
el corazón aún perfuman
con los recuerdos lejanos
de las pasadas venturas:

las *Mujeres* de su vida;
de su juventud la suma;
las flores de su existencia...
¡como su existencia mustias!...

XI

Mas no entonces—que las mira
resucitadas y fúlgidas,
como en la feliz mañana
en que lució cada una...—

No entonces—que vuelve á verlas
jóvenes, cándidas, puras,
como en los dichosos días
en que Amor las hizo suyas...

XII

Y, sin embargo, allí están
las que no amarán ya nunca;
las que el tiempo ha marchitado;
las que holló la desventura;

las que no existen, ó existen
de ajeno destino súbditas;
las monjas y las casadas,
las locas y las difuntas.

Allí están las que á los cielos
alzaron sus almas pulcras,
restituyendo á la tierra
incólume su hermosura...

Y las que en áurea carroza
al Cielo y la Tierra insultan,
y al viejo esposo acarician...
de un buen testamento en busca.

Allí están las que, magnánimas,
sus ilusiones apuran,
doblando sobre los libros
la frente llena de arrugas...

Y las que su fe inmolaron
á una prosa vil é insulsa,
con la cual se creen felices...
porque el vulgo así lo juzga.

Allí están las que sin nombre
fueron á la sepultura,
huéspedas de muchas almas,
no lloradas de ninguna...

Y allí las que sucumbieron
bajo el puñal de la duda,

fieles amantes de un alma,
lloradas luego de muchas.

Allí está la que le dijo,
con una mirada impúdica:
«ÉLEVATE HASTA MIS LABIOS...»,
al que lo creyera injuria...

¡La misma que agora, impávida,
le desconoce y se encumbra...;
águila caudal que lleva
un corazón en las uñas!

Y allí también está *aquella*,
inmortal, innata, única,
que, al amanecer del alma,
el *primer amor* incuba...

¡Eva, del hombre congénita,
que surge bella y fulgúrea
del adolescente espíritu,
como Venus de la espuma!

XIII

... Todas allí están, y el triste,
el mísero sin fortuna
que el *Jardín de los Amores*
solo y pensativo cruza,
reconócelas á todas;
sus caros nombres murmura.
—«¡Heme aquí solo!», les dice,
y por su amor les pregunta.

XIV

Inmóviles tras las rejas
permanecen las figuras,
como estatuas sepulcrales
apoyadas en sus urnas...

Y el ruiseñor en su rama
canta con sangrienta burla:
—«*Tuyas fueron...*», y, sarcástico,
el viento responde:—«¡*Suyas!*»

XV

En esto, sonó *las cuatro*
el reloj de una *Cartuja*
que asomaba tras el *Bosque*
su melancólica cúpula:

dijo luego «*Ave María*»
una campana vetusta,
y añadieron «*Gratia plena*»
los monjes desde sus grutas...

Por los cerros de Occidente
traspuso entonces la Luna,
y el *Palacio* al mismo tiempo
se volvió á quedar á oscuras.

Dispersáronse en el acto
tantas vírgenes y adúlteras
como acababan de estar
por la vez primera juntas,
juzgando yo que se irían

á su Parnaso las *Musas*,
las *vivas* hacia sus casas,
y á sus nichos las *difuntas*.

XVI

Lo que sé es que amaneció
una mañana de lluvia;
mañana sin rosicleres,
parda, fea, triste, sucia,
que parecía la noche
de aquella noche tan fúlgida,
ó el día que abrirá paso
del mundo á la noche última...

Y lo que sé es que el Alcázar
de faz renegrida y turbia,
¡estaba solo y cerrado
como una olvidada tumba!

XVII

El Viajero (que era un hombre
lleno de canas y arrugas,
mas no viejo todavía
de una manera absoluta...)
alzó de la tierra el báculo,
la esclavina hizo capucha,
y, saliendo del *Jardín*,
se encaminó á la *Cartuja*.

DICTAMEN PERICIAL

EN EL «PLEITO DEL MATRIMONIO»¹

Digo yo, Pedro Antonio de Alarcón,
antiguo solterón,
hoy ya con trece años de casado,
ó sea de servicios al *estado*;
de cuatro y media décadas de edad,
y de esta vecindad;
padre de siete soles (tres difuntos),
y con madre política... (dos puntos):

Que, bien pesado todo,
no hay en este planeta mejor modo
de esperar otra vida
digna del alma á nuestro cuerpo unida,
ni más noble manera
de apaciguar los ímpetus de fiera
del barro al alma unido,
que el hábito ceñirse de marido.

Porque, debo advertir á quien lo ignore,
Para que luego no blasfeme y llorc,

¹ Pleito de broma seguido por casi todos los poetas contemporáneos españoles, y publicado en dos tomos por el distinguido literato Sr. D. Teodoro Guerrero.

que el casarse no es ramo de recreo,
 como el ir á paseo;
 ni caso de jolgorio y venturanza,
 como el festín, la música ó la danza;
 ni excursión de placer, como la pesca;
 ni solaz, como un baño de agua fresca
 en mitad del estío;
 ni fortunón como heredar á un tío
 (aunque algunos así lo consideren,
 y casen con mujer á quien no quieren,
 trocando el matrimonio en oficina,
 cuyo jefe reside en la cocina);
 ni tampoco el casarse (para un hombre
 que merezca este nombre)
 es el capricho, efímero quizás,
 de complacerse en *una mujer más*;
 ni ocasión de los mimos eternos
 con que sueñan los *perros* orientales...—

Casarse es profesar. Es á la vida
 dar un adiós de alegre despedida,
 renunciando á sus dichas transitorias,
 por más seguras y envidiables glorias.
 Es consagrar la mísera existencia
 á generosa y digna penitencia,
 buscando, en vez de inútiles placeres,
 el placer de ser útil á otros seres.
 Es cargar con las penas
 y desdichas ajenas,
 renegando del tétrico egoísmo
 de cuidarse á sí mismo.
 Es, en unión de santa compañera...
 (El que tope con *diabla*, ¡que se muera!...;

pero buenas y santas
 ¡hay tantas en el mundo! ¡tantas! ¡tantas!);
 es, digo, en sociedad con otro ser
 (que ya es mejor que vos, por ser mujer),
 arrostrar de esta vida los abrojos,
 fijos de cada cual siempre los ojos,
 no en la espina que al paso le ataraza,
 sino en el mal que al otro le amenaza,
 compitiendo de entrambos la ternura
 en ciega abnegación constante y pura.—

Eso es casarse, y si, benigno el cielo,
 colma de estos dos héroes el anhelo,
 haciendo que sus almas y sus vidas
 en nuevos seres nazcan refundidas...;
 si, al ver cómo los cónyuges se aman,
 los ángeles de Dios á su hogar llaman,
 mensajeros de paz y de alborozo,
 que el aire llenan de entusiasmo y gozo;
 si hijos tienen, en fin, en quien ufanos
 poner ojos y manos,
 y los labios, y el alma,
 que ya sin ellos nunca tendrá calma...
 el matrimonio entonces es el cielo:
 ¡triunfos son los afanes de este suelo,
 gloria el trabajo, premio el sacrificio,
 goce el dolor, y púrpura el cilicio!
 —¡Vivir..., morir por ellos!... ¡Oh dulzura!—
 ¡Una lágrima ahorrármelos!... ¡Qué ventura!—
 ¡Ver lucir en sus ojos la alegría!...—
 ¡Qué orgullo! ¡Qué contento! ¡Qué ufanía!

¡Orgullo, sí! ¡Que no hay sobre la tierra
 blasón igual al que esa dicha encierra,
 y es, de cuantos dictados lleva el hombre,
 el título mayor de *padre* el nombre!
 —El *padre* (pero *padre* en buena ley)
 es de sus hijos rey...;
 ¡casi su Dios!—¡Un mundo son que él hizo,
 y complacerse en ellos es su hechizo!—
 Guiarlos, sostenerlos, enseñarles
 el bien y la verdad; la vida darles
 del alma, como dióles la existencia;
 velar por su endeblez y su inocencia,
 y ver trocarse en hombre al tierno niño,
 fruto feliz del sol de su cariño...;
 ¿dónde grandeza tal? ¿quién soñaría
 más alta jerarquía?—
 ¡Eso ya no es vivir ni envejecer!...
 ¡Es triunfar de la muerte! ¡Es renacer!
 ¡Multiplicar su vida ya mermada!
 ¡Es la inmortalidad anticipada!—

Dígame agora el pobre solterón
 que muere en un rincón,
 rodeado de fámulas é ingratos,
 ansiosos de ponerse sus zapatos;
 ó aquel que juzga que el amor consiste
 en estar *él* contento y *ella* triste,
 tristes los hijos, que á la ley oculta,
 y triste el mundo, á quien procaz insulta
 (si no es que vive revolviendo lodos
 con mujeres ajenas ó de todos,
 mendigo del placer, que come apriesa
 platos ó sobras de segunda mesa);

díganme todos los que así se apañan,
 ó, por mejor decir, así arrebañan
 del clandestino amor en la escudilla
 viles goces revueltos con mancilla,
 si probaron jamás la dulce calma
 de esos afectos plácidos del alma,
 con que les brinda, pésele al demonio,
 la austera religión del matrimonio.
 —¡No la probaron, ni probarla esperan!...
 y el día que se mueran,
 voluntarios expósitos, que *nada*
son de nadie al final de su jornada;
 reos de lesa familia, condenados
 á morir, como el paria, despreciados,
 exclamarán: «¡Oh Dios! ¿*A qué he existido?*—
Nadie vivió de mí!—*Yo no he vivido!*»

Cásese, pues, quien tenga corazón
 para abrazar aquesta religión,
 donde el profeso vive en los demás
 y no muere jamás;
 donde su nombre pasa
 á su esposa, á sus hijos, á su casa;
 donde no es del amor programa el vicio,
 sino el rigor, la lucha, el sacrificio,
 y donde padecer es mayor gloria
 que pasear mozuelas en *victoria*.—
 Cíñase, digo, el hábito de esposo
 quien tenga vocación de *religioso*,
 y el que no esté de humor de hacerse fraile,
 siga de mono bailarín... ¡y baile!

AL GENERAL CABALLERO DE RODAS

(EN EL ÁLBUM DE SU DIGNA MUJER)

Soltero y coronel te he conocido;
de brigadier y novio te he tratado:
hoy eres, que yo sepa, Diputado,
General, Director, padre y marido.

En la paz y en la guerra siempre he sido
tu amigo, tu cronista, ó tu soldado,
y hoy me siento en las Cortes á tu lado,
á seguirte al infierno decidido.

Pues bien (dicho *inter nos* a questo sea):
jamás te hallé tan grande y tan hermoso
(ni en medio de las bombas y granadas),

como al verte, á la vuelta de Alcolea,
embelesado padre y fiel esposo,
recrearte en tus prendas adoradas.

1869.

EN EL ÁLBUM

DE LA SRTA. D.^{ra} VIRGINIA MONTESINOS

—«¿Qué es *Amor*?»—le has preguntado
al diablo de Campoamor,
y el poeta laureado,
casi, casi te ha dejado
á oscuras sobre el *Amor*.

Yo te voy á descifrar
sus palabras misteriosas,
ó bien te voy á explicar
que el *Amor* es varias cosas...,
según el modo de amar.—

Con uniforme de *Amor*,
y usando su dulce nombre,
disfrázase el impudor,
y anda haciendo oficio el hombre
de demonio tentador...

Mientras que *Amor*, en verdad,
es gozosa caridad,
iris en la humana guerra,
consoladora piedad
que hace un cielo de la tierra.—

En el viejo mundo griego,
Amor era un chico ciego
 que en dioses y hombres clavaba
 las saetas de su aljaba,
 cual banderillas de fuego...

Y en nuestro mundo cristiano,
Amor es bien soberano
 que todos los males calma,
 de dos almas hace un alma
 y del pobre al rico hermano.—

Amor es un caballero
 con levita y con sombrero,
 que vuela de rosa en rosa,
 y en la niña más hermosa
 tan sólo estima el dinero...

Y *Amor* es ángel divino
 que, aplacando los rigores
 del más adverso destino,
 siembra de perpetuas flores
 de la existencia el camino.—

Amor es fiero pirata
 que la inocencia arrebata,
 la honra más limpia deslucé,
 y con engaños seduce
 y con desengaños mata...

Y *Amor* es noble guerrero,
 paladín del ser amado,
 su amigo y buen caballero,

que ufano muere primero
 que darle pena ó cuidado.—

Amor es torpe egoísmo
 de aquel que en la hermosa prenda
 de su vil materialismo
 tan sólo mira una ofrenda
 con que obsequiarse á sí mismo...

Y *Amor* es heroicidad,
 holocausto, adoración,
 cuando á la amada mitad
 le da más felicidad
 que le pide el corazón.—

Amor es poesía, ensueño,
 romance, ilusión, locura,
 cuando del alma el empeño
 cifra en terrena hermosura
 un porvenir halagüeño...

Y *Amor*, en fin, bella amiga
 (el que yo quiero que alcances),
 es prosa... ¡Dios la bendiga!,
 superior á esos romances...
 —¿Qué más quieres que te diga?

CARTA MORISCA

CONTESTANDO Á OTRA EN VERSO, FELICITÁNDOME EN MIS
DÍAS, QUE ME DIRIGIERON LOS SRES. D. ESTEBAN GA-
RRIDO, D. RAMÓN DE CAMPOAMOR, D. JOSÉ SELGAS, DON
EUSEBIO BLASCO, D. ANTONIO FERNÁNDEZ GRILLO, D. JOSÉ
DE NAVARRETE Y D. JOSÉ CAMPO ARANA.

VAL-DE-MORO, 11 de Julio de 1878.

¡Quiera Alá, nobles poetas,
quiera Alá propicio daros
(ya que no cien odaliscas
de pechos muy apretados
y lascivos ojos verdes
y gruesos lúbricos labios)
tantos cientos de naranjas,
tanta miel y tanto grano,
tantas cántaras de leche,
tantos higos y duraznos,
tantos borregos y ovejas
(de tanta lana colmados),
tanto café, tanto azúcar,
arroz y dátiles tantos,
que en envidia se conviertan
(ved si pongo extremo el caso)
la gratitud y el contento
que en mi pecho despertaron
vuestras dulcísimas trovas
la víspera de mi Santo!

Bajo la lona del toldo
que fresco mantiene el patio,
recordándome las tiendas
de los valles africanos;—
ayer, mientras que del pozo
los dos cubos alternados
agua benigna sacaban,
de la garrucha al son agrio,
y macetas y arrfates
iban en tandas regando
(gozosos del bien que hacían)
mis hijos y mis *esclavos*;—
á las siete de la tarde,
cuando buscaban los pájaros
sus nidos en las acacias
del jardín y del traspatio,
cantando, no sus amores
(que ya todos empollaron),
sino el placer de estar vivos
después de un sol de cien grados;—
en tal sitio y en tal hora
fué cuando llegó á mis manos
vuestra poética epístola
la víspera de mi Santo.

Puse sobre mi cabeza
documento tan preciado;
vuestras firmas una á una
llevéme luego á los labios;
me calé las antiparras
(pues mis ojos van fallando),
y á la sultana Paulina,
hija de padres cristianos

(á la cual me he reducido
hace más de doce años),
le leí vuestras estrofas,
que mucho nos solazaron,
moviéndonos juntamente
á risa y á dulce llanto.

Rasquéme luego las piernas
(sobre que estaba sentado);
tomé un sorbo de café;
metí en la pipa tabaco,
y quedéme pensativo,
soñoliento al poco rato....
y, al cabo de media hora,
dormido como un gusano.

Alá os conceda á vosotros
esta paz y este descanso;
sultanas como la mía
á los que andáis aún *mudando*;
hijos tan bellos y afables
como mis cuatro muchachos,
y amigos sabios é ilustres,
como los que á mí me ha dado
en vosotros seis, de quienes
era ya humilde vasallo
antes de leer vuestra carta,
la víspera de su Santo,
Al-Arcón-Ben-Al-Arcón...
(PERICO entre los cristianos.)

CÁMARA DE LOS LOROS

SESIÓN DE CORTES, ESCRITA EN EL PERIÓDICO «EL BELÉN»,
PUBLICADO POR EL SR. MARQUÉS DE MOLINS LA NOCHE-
BUENA DE 1857.

CORTES.—CÁMARA DE LOS
LOROS.—*Presidencia del*
SEÑOR COTORRA.—*El mantel*
se pone antes de las dos.—
A fin de hacer paladar,
se sirvió el anterior acta,
y la Cámara compacta
la tragó sin rechistar.—

Se manda, por un descuido,
pasar á la Comisión
una caja de turrón,
para ver el contenido.—

VARIOS DE LOS COTORRONES:
—¡Que se abra! ¡Que se abra!—
EL DIRECTOR DE TURRONES:
—¡Cómo!...—¡Pido la palabra!
EL SEÑOR CATACOLMENAS
(MIEMBRO DE LA COMISIÓN):
—Señores... (*Gran confusión:*
se oye al orador apenas.)
EL PRESIDENTE (*En sus trece*):
—¡Orden! ¡Esta boca es mía!

*(Entre tanta algarabía
el turrón desaparece.—
Gritos y campanillazos.
A poco el tumulto cesa,
y queda sobre la mesa
una caja hecha pedazos.)*

PRESIDENTE:—Orden del día.—

EL SEÑOR ÚNICO-DIENTE:

—Antes, Señor Presidente,
pido la palabra á usía.

PRESIDENTE:—¿Para qué?

DIENTE:—Para preguntar,
ó más bien interpelar
al Señor Ministro de
los Anfibios, acerca
del bautizo del jerez.

EL PRESIDENTE:—¿Otra vez?
¡El Ministro está en su alberca,
donde se ha armado un motín,
porque pretenden los patos
sacar los pies de los platos
y no entrar en el festín!

*(Aparece en el salón,
de gran uniforme, un viejo
COTORRÓN, muy cotorrón,
PRESIDENTE DEL CONSEJO
DE MINISTROS.—Sensación.)*

*Hablan ambos PRESIDENTES;
sube el viejo á la tribuna,
y, calándose los lentes,
dice):—Queridos oyentes:
Ha poco, entre doce y una,
el Gobierno ha recibido*

este parte de Belén:

«La Virgen Santa ha parido
»un Niño; el Recién nacido
»y la Madre siguen bien.

»Se añade que unas criaturas
»con alas, andan á oscuras
»gritando de sierra en sierra:
«¡GLORIA Á DIOS EN LAS ALTURAS,
»Y AL HOMBRE PAZ EN LA TIERRA!»—

Por lo que pueda tronar,
hemos doblado el retén,
y el Gobierno piensa obrar
con energía... *(¡Muy bien!
¡Muy bien! ¡Eso es gobernar!)*

PRESIDENTE:—Orden del día.—

Prosigue la discusión
sobre dar una pensión
á las viudas de Pavía.—
Tiene la palabra en pro
el general Papagayo.

PAPAGAYO:—¿Por qué no?
Señores, yo no desmayo...

VARIOS LOROS:—¡Trueno y rayo!—
¡Yo sí me desmayo!—¡Y yo!

EL PRESIDENTE:—¡Paciencia!—
Señores, se está guisando
la cena...—¡Ay, Dios!... *(Bostezando.)*
(«Orden en la Presidencial»)

PRESIDENTE:—Siga usía.

PAPAGAYO:—Iba diciendo
que no desmayo, aunque entiendo
que pronto será de día.—
Yo no vengo aquí á luchar

por la parte que me toca,
pues soy un ave ejemplar
que sólo suele cenar
por la noche y con la boca.
Hoy por la primera vez
en estas lides batallo,
y un pájaro soy, ¡pardiez!...,
como todos..., que me callo
cuando me dan buen jerez.—

Contaré á la Comisión
mi historia día por día:
Preso estuve en un balcón...

PRESIDENTE:—¡Á la cuestión,
y no haga su biografía!

PAPAGAYO:—Dispensad.—
Pues bien: no hallo dos ochavos
de razón ni de equidad
en que tengan viudedad
las viudas de los pavos.
¡Sólo se comprendería,
quedando ellas obligadas
á perecer en su día,
cuando ya tuviesen cría
y se hallasen bien cebadas!

(Señales de aprobación.)

UN LORO MUY AMARILLO
(MIEMBRO DE LA COMISIÓN):

—Señores: (Grande atención.)

Agua y un azucarillo.—
Caballeros: ¿Dónde estamos?
¿Qué república tenemos?
¿En qué ciudad habitamos?—
¡Bien se conoce que semos.,

(Silbidos.) ¡Semos ó samos,
ó somos!—¡Dejad que hable!—
Yo desprecio esos rumores...—
Decía que es lamentable
lo que sucede, señores.

Hay detrás de esta cuestión,
llamada de municipios,
una cuestión de principios
de difícil digestión.

Conviene, pues, tratar antes...
(Señores, nadie se asombre...)
si le es permitido al hombre
comerse á sus semejantes.—

¿Es por su *constitución*
carnívoro este animal?—

¡Ya veis con cuánta razón
llamé *Constitucional*
á esta difícil cuestión!—

La Constitución de Adán,
promulgada en el Edén,
¡le exigió engañar el pan,
tostando en una sartén
desde el cerdo hasta el faisán?

Yo leo en crónicas viejas
que el hombre, en tales dominios,
y vestido de pellejas,
comenzó sus latrocinios
por la miel de las abejas,
la leche de las ovejas
y otros varios lactiginios.—
Concedamos que abusase
el hombre así de su clase,
comiéndonos sin piedad...—

Era en usufructo..., ¡pase!—
 Pero ¡diablo!, ¡en propiedad!—
 ¡Así fué! Los inhumanos
 pronto hallaron modo nuevo
 de explotar á sus hermanos,
 y se comieron, ¡villanos!,
 á nuestros hijos en huevo.
 En fin: la torpe afición
 es ya tanta, que en alhóndigas
 nos venden hechos jamón,
 picados en salchichón,
 y ¡lo que es más!..., ¡en albóndigas!—
 ¿Por qué esta inquina tirana?
 ¿No dábamos á esos fieros
 marfil, plumas, seda, lana,
 cerdas, almizcle, badana
 y cuernos... para tinteros?
 ¿No eran dueños absolutos
 De la tierra y de sus frutos?
 ¿No les sobraban legumbres?—
 Pero ¡comerse á los brutos!...—
 ¡Así marchan las costumbres!—
 Esta es toda la cuestión,
 clara, concreta y distinta:
 ¡la abolición de la quinta!
 ¡Sí, señor, la abolición
 de esa atroz contribución
 de sangre, que á tantos bravos
 condena á morir esclavos
 entre guisantes y habas!...
 ¡La cuestión no es de las pavas!
 ¡la cuestión es de los pavos!
 PAPAGAYO:—¡Teorías

absurdas y paradójicas!
 ¡delirios! ¡filomanías!
 ¡disparates! ¡utopías!
 ¡invenciones demagógicas!—
 ¡Abolir todo alimento
 animal!...—¡No lo concibo!—
 ¡Y abolirlo un Estamento
 de Loros!...—¡Risible intento,
 tan sandio como nocivo!—
 ¿No pensáis que, vengativo
 el hombre, á la par que hambriento,
 pudiera, no sin motivo,
 mediante un pronunciamiento,
 comerse al Gobierno vivo?—
 Señores: los intereses
 de peces, aves y reses
 no se rozan con vosotros,
 puesto que ni aun los ingleses
 nos han guisado á nosotros¹.—
 ¡Ó somos loros ó no!
 El mismo que ha poco habló
 contra las carnes tan bien,
 se nutre de la sartén
 como el Ministerio y yo.
 ¡Un loro es un animal,
 pero no un contribuyente;
 y cumple como otro tal
 hablando aquí bien ó mal,
 para divertir la gente!

¹ No hay regla sin excepción.—En Málaga, cierto inglés, prendado de lo bien que un loro tarareaba la Marcha Real y de su muy vistoso plumaje, consiguió que se lo regalaran, y se lo comió en pe-pitoria.—(Nota del taquígrafo.)

Comamos y hablemos, pues;
comamos y hablemos mucho;
¡mueran el pavo y la res!...

UN PAVO:—(«¡Cielos! ¿Qué escucho?»)

UN POLLO:—(«¡Ese Loro es
incomestible avechucho,
ajeno á nuestro interés;
al cual ni el pinche más ducho
convirtiera en entremés,
y á quien ni el gato ni el chucho
se comieran en un mes!»)

LAS PAVAS:—(«¡Bravos!—«¡Oportunas
razones!»—«¡Salga el autor!»
—«¡Bis!»—«¡Que le den aceitunas!»...)

PRESIDENTE:—Celador,
¡que despejen las tribunas!

LOS PAPAGAYOS:—¡Caball!
(Gritos: *mueras: algazara:*)

UN MOCHUELO COLOSAL:
—¡Pido la palabra para
una alusión personal!

PRESIDENTE:—No la doy.
(«¡Á cenar!» «¡Á votar!» «¡Vinos!»)

UNO:—¿Á cómo estamos hoy?
MOCHUELO:—¡Ó ceno, ó me voy,
Presidente de asesinos!

(«¡Bravos!» «¡Á votar!»)—(Votación.
La gana la oposición.)

EL PRESIDENTE:—Yo parto...—
Se levanta la sesión.

Eran las tres menos cuarto.

EL NINFO DE SEBASTIANI ¹

I

Ya del hidrófobo Cancro
sintió el Sol la mordedura,
y anda cual perro rabioso
por las regiones cerúleas.
Más larga que la de Leyes
es su carrera diurna,
pues casi, casi un crepúsculo
de otro se enciende en la punta.
Á cuarto están las cerezas,
y pelechando las uvas;
todo señor en el campo,
todo estudiante de tuna.
En las ardientes campiñas
andan hechos unas furias
los morenos segadores
tras de las espigas rubias;
La gente habita en los patios;
las bellas más bellas sudan;

¹ La acción de este romance (que el autor incluye en la presente colección á instancia de respetables literatos) pasa debajo del puente que Horacio Sebastiani construyó cerca del paseo de la Bomba, en la ciudad de Granada.

las gordas están, ¡ay, míseras!,
escocidas como nunca.
Cantan las ranas de noche;
también canta la lechuza,
y los grillos en el campo
tocan *tutti* de bandurria.

¡Oh estación del tabardillo,
del gazpacho y de las pulgas!
¡Felices mil y mil veces
los que ignoran tus dulzuras,
moradores de los lagos
de la Groenlandia ó de Rusia,
ó médicos titulares
de los valles de Guipúzcoa!

II

Es la tarde: un sol de Julio
su disco inflamado oculta
del caliginoso ocaso
tras los celajes de púrpura.
Aún duerme la siesta el viento,
aún las aves están mudas,
y las hojas de los árboles
cuelgan inmóviles, mustias.
Las cigarras y las moscas
apenas la calma turban
de la callada arboleda
que el Genil sudando cruza,
y si acaso alguna rana
deja las regiones húmedas,
pronto es asado cadáver
en las arenas enjutas.

¡Oh, qué calor, qué bochorno!

¡qué poca el agua y qué sucia!
¡qué polvo allá sobre el puente!
¡qué peste aquí en la espesura!

III

Súbito el son compasado
de una campana retumba...
(Es que está dando las siete
el reloj de *las Angustias*.)
Como por ensalmo entonces
todo cambia de postura...—
¡Dijérase que la tierra
se despereza y rebuzna!—
Irgue su tallo la planta;
la flor se entreabre impúdica;
tiende sus alas la brisa;
el álamo se columpia...
Cantan las tímidas aves,
que el nido amoroso buscan;
y el *Picacho de Veleta*,
que, cual un pilón de azúcar,
muestra su perpetua nieve
del sol á la llama última,
pronto se ve coronado
por la transparente luna,
mientras que el héspero hermoso,
el viento fresco y la bruma
que sobre el agua se extiende,
la hora del placer anuncian.
Quizá los inciertos pasos
que allá en la orilla se escuchan,
y que en la delgada arena
su huella apenas dibujan,

de las náyades del río
la ansiada vuelta me auguran...
Quizás aquí, ante mis ojos,
van á aparecer desnudas,
más lascivas que esas olas,
más blancas que esas espumas...

¡Oh, venid, sílfides bellas,
ninfas, dríadas y musas;
sacad de las verdes ondas
vuestras espaldas ebúrneas,
y la aljofarada de agua,
luenga cabellera oscura,
apartad..., para que vea
vuestras bellezas ocultas!

IV

Los pasos más cerca suenan...
más cerca... (¡mi ser se turba!),
y por el ojo del puente
se divisa una figura
que triscando se adelanta,
mientras sus labios modulan
el más villano estribillo
que sonó en boca andaluza.

—«¡Ay qué gusto, y qué placer!
»Es cosa rica...», murmura;
y el viento se lleva el resto
de la letra y de la música.
¡Él es! no eran las ondinas,
ni las sirenas coludas,
ni las ninfas, ni las náyades...
¡Es el Granujal! ¡El Granujal!—
Esquilado trae el cogote

por peluquero de burras;
pero un mechón por delante
vela su mirada astuta.
De una antigua chifarrada
la pelada media luna
luce, cual melón calado,
de la corona á la nuca.
Cicatrices de apostemas
todo su pescuezo ilustran;
que nació malhumorado
y es muy propenso á la fruta.
Lleva un *chicote* en la boca,
y tras la oreja una *punta*
que ha cogido en la Carrera,
pues es dado á la rebusca.
Silba, aunque le falta un diente,
y eso que pasó la muda;
mas díz que de un par de coces
se lo derribó una mula.
Con sofama guña un ojo,
y las narices arruga
para sorber lo que limpia
con cendal de cinco puntas.
Viste un calzón de su padre,
que le sirve hasta de chupa;
ancho, como si lo hubieran
cortado á la mameluca.
Los pernils trae doblados
con arreglo á su estatura,
y de un tirante de vendo,
que su pecho y dorso cruza
á la manera de banda,
pendiente va aquella funda,

que es á un tiempo bata, gorro,
pantalón, chaleco y túnica.
Completan su ático traje
camisa de tela cruda,
un zapato y una bota,
la honda en torno á la cintura,
y un tirajo negro al cuello,
que lleva por la difunta...
—Tal es el aparecido:
tal es el hijo de alguna.

V.

¿Visteis cómo la culebra
suelta en Julio la casulla,
ó en Marzo los gorriones
sacuden toda la pluma?—
Pues así; pero no así,
sino con acción más súbita,
nuestro audaz protagonista
el tirante desanuda,
y caen como por encanto
al suelo sus vestiduras.
Dos puntapiés pega al viento,
y la bota y la babucha
vuelan..., y quedan colgadas
de un peral en la espesura.
Con esto, y dar un voleo
á aquella camisa *ut supra*,
en cueros vivos se queda
el ninfo, y gritando «¡hurra!»,
se adelanta hacia las ondas
con marcial desenvoltura.
¡Madre Tetis! ¡oh Anfritre!

¡oh Neptuno! ¡oh vieja turba
de Tritones y Nereidas!...,
¡acogedle en vuestras urnas!
Miradle cruzar el río
de pie, sin que el agua turbia
consiga, por más que salta,
pasarle de la cintura.
Ved esos miembros de cobre,
que ni aun mojados relumbran;
pues mugre de trece años
no hay agua que despercudá.
Vedle, en fin, buscar la orilla,
no bien siente la frescura,
é ir en busca de la ropa
en un pie como las grullas...—
—¡Breve fué el baño! ¿Quién sabe
si ejerció funciones sucias
en sus líquidos palacios?...
¡Quién sabe!—¡Silencio, musas!

VI

Ya se viste el tierno ninfo;
ya se viste; ya se enjuga;
que el enjugarse y vestirse
son en él cosas conjuntas.
Cuatro pedradas asesta
luego al peral, y una lluvia
de peras, con el calzado,
la tierra asombrada inunda.
Guarda la fruta en el pecho;
cálzase; enciende la *punta*,
que ha seguido tras su oreja
y que permanece enjuta,

y hacia el Salón se dirige
 más arrogante que un húsar,
 gritando:—¿Quién quiere lumbré?—
 ¡Eh, caballero! ¿Usted gusta?—

Así llega á la Carrera;
 sobre un asiento se tumba;
 y una tras otra se come
 quince peras prematuras.
 Vuélvese del otro lado;
 santíguase con la zurda,
 y quédase más dormido
 que la Reina-Madre Turca.—

¡Duerma en paz! Su tierna madre
 duerme también en la tumba;
 pero sobre el pobre huérfano
 vela la madre Natura.

Con su sábana de encaje
 cúbrelo la blanca luna,
 y cual lámparas de oro
 los astros su sueño alumbran.
 La brisa amante lo besa,
 los ruiseñores lo arrullan,
 los árboles lo abanicán
 y las flores lo perfuman.

¡Oh, qué lujo y qué descuido!
 ¡Oh, qué cumplida ventura!—
 Seguid, seguid esa senda,
 jóvenes de egregia alcornia,
 y tú, Fabio, y tú, Teótimo;
 que, á no ser la de la Inclusa,
 no hay vida más envidiable
 que la vida del *Granuja*.

GRANADA, 1859.

AL SAN MARTÍN DE CADA UNO

SONETO DE PIES FORZADOS, COMPUESTO EN LA TERTULIA DEL EXCELENTÍSIMO SR. CONDE DE CHESTE, COMPITIENDO EN VELOCIDAD CON VARIOS AMIGOS.

Llégale á cada cual su *San Martín*:
 San Pablo se cayó de su *morcillo*,
 Homero mendigó sin *lazarillo*,
 y á Viriato dió muerte un *matachín*.

Tasso, por mucho amar, perdió el *magin*.
 Marco Bruto clavóse su *cuchillo*,
 Bonaparte reinar no pudo en *Trillo*,
 Nabucodonosor comió *aserrín*.

Mataron al Bearnés de un mete y *saca*,
 Julio César murió en un *alboroto*,
 muchos hallan veneno en su *petaca*,

y traidor á don Carlos fué *Maroto*...—
 Mas mi cuita entre todas se *destaca*:
 ¡mi soneto es muy malo, y no lo he *roto*!